

Por Boubacar Boris Diop

# MONTPELLIER, LA FRANCÁFRICA, EN LAS ÚLTIMAS

EXCLUSIVO SENEPLUS – La figura de un Mbembe, viento alzado contra la Francáfrica, ha quedado hecha añicos. Macron sabe perfectamente con qué género de intelectual africano se las tendrá que ver. El amo se queja de que el esclavo no protesta lo suficiente...

DE BRAZZAVILLE A MONTPELLIER

MIRADAS CRÍTICAS SOBRE EL  
NEOCOLONIALISMO FRANCÉS

**Este texto de Boubacar Boris Diop, igualmente disponible en francés e inglés, se ha sacado de una importante obra colectiva contra la cumbre de Montpellier dirigida por Koulsy Lamko, Amy Niang, Ndongo Samba Sylla y Lionel Zevounou. *De Brazzaville a Montpellier, miradas críticas sobre el neocolonialismo francés* que reúne una veintena de contribuciones. El proyecto lo inició el Colectivo por la Renovación africana (CORA)."**

En el mes de abril pasado, se anunció la celebración, los días 8 y 9 de octubre del 2021, en Montpellier, de una "cumbre África-Francia" de un género nuevo. En vez de reunir alrededor de él a sus homólogos del continente, el jefe del Estado francés optó, esta vez, por debatir públicamente con los actores de la sociedad civil africana. Los iniciadores de esta discusión repiten hasta la saciedad por las radios y las teles que será franca, y hasta acalorada. El proyecto, insólito por múltiples aspectos, tuvo una acogida con cierta guasa. Pero no sin entender a los burlones, prefiero tomar por la palabra a Achille Mbembe y a sus amigos franceses. Es evidente que el presidente Macron no asume ningún riesgo con este formato cuidadosamente preparado por alguna oficina discreta de la Francáfrica<sup>1</sup>. Esas gentes han acumulado una enorme experiencia desde los tiempos en que se activan en la sombra para mantener a los africanos en sus herrajes, velando incluso, a veces, suprema delicadeza, para que no les hagan demasiado daño. Así pues, no habrá ningún tema tabú en Montpellier, incluidos "los temas que cabrean" - dixit el inenarrable e inevitable Kako Nabukpo – serán abordados. ¿Y qué más? Son precisamente esas falsas patadas en el hormiguero lo que le confiere todo su significado a la operación. No podrá, en efecto, causar sensación que, si Emmanuel Macron se ve rudamente emplazado, bajo el ojo ávido de las cámaras, a explicarse a propósito de las intervenciones militares

francesas en África, del franco CFA, del respaldo de París a psicópatas perversos sin olvidar el pillaje vergonzante de los recursos naturales de tantos países pobres.

Lejos de sentirse molesto por esas picas irrisorias, Macron las saboreará como algo exquisito. El peor de los escenarios sería que unos intelectuales senegaleses, congoleños o marfileños, ya ampliamente sospechosos de servilismo, no interpretasen con la debida “veracidad” la comedia de un alzamiento enteramente financiado por el Tesoro francés. Emmanuel Macron, sospechamos, no tiene ganas de vencer sin peligro<sup>2</sup>. Ese joven presidente ha mostrado, de hecho, que no le tiene miedo a nada ni a nadie. Sea dicho de paso, eso no es ciertamente, en su posición, ninguna señal de madurez.

Y es que, más allá del aspecto político del asunto, todos se han sentido conmovidos por el profundo desprecio que subyace bajo la perspectiva del presidente francés. No se ha dicho suficientemente pero ese señorial desprecio es patente particularmente hacia sus homólogos. Todos habían creído entender, en efecto, que una cumbre África-Francia, es el reencuentro anual, en alternancia en los dos continentes, de Estados soberanos y amigos. Es evidente que nadie se ha dejado nunca engañar por esa ficción, pero por lo menos se salvaban las apariencias.

Macron descubre el juego, de cierta manera, mostrando claramente que es París sin duda quien ha convocado siempre a sus servidores para reprender a unos, felicitar a otros, unificar los puntos de vista sobre algún expediente espinoso y, ya de paso, recordar al resto del mundo su dominio absoluto sobre las poblaciones de tierras lejanas. Y no es la primera vez que Macron les falta al respeto a los jefes de Estado africanos. Hay que recordar su conducta propiamente abyecta, incomprensible – incluso en la extraña parrilla de lectura de la Francáfrica – hacia el presidente burkinabé Roch Marc Christian Kaboré en la Universidad de Uagadugú, en noviembre de 2017. Sin duda alguna preferiríamos todos olvidar aquella escena surrealista en la que un presidente extranjero trata, en voz alta e inteligible, a su huésped de cretino, y eso, ante una multitud de estudiantes muertos de la risa. Vejado y furioso – ¡no era para menos! - Kaboré se marchó de allí inmediatamente... Fue uno de esos momentos en los que una nimiedad le lanza al rostro del hombre esclavizado toda la vergüenza y toda la mierda de su condición. Y ahí no quedó el asunto, ya que tuvimos derecho más tarde, de parte del mismo Macron, a una rabieta pública contra los presidentes del G5-Sahel, bronca amenazadora seguida de una convocatoria por la vía de la prensa a Pau. Orden de comparecer al que, ninguno de ellos, por supuesto, osó desobedecer... Emmanuel Macron sabía que podía permitirse todo eso: realmente, hay algo desestabilizador en la facilidad con la que los jefes de Estado del “huerto privado”<sup>3</sup> visten el bubú de lacayos de Francia o de peones que ella desplaza casi distraídamente por el tablero de su política extranjera. Ni uno solo de ellos

sintió un latigazo de orgullo y le denegó a Emmanuel Macron el derecho a modificar solo y a su antojo una cita que figuraba en su sitio en el calendario internacional.

De hecho, su alejamiento es una sanción política: sospechosos de animar bajo cuerda a los enemigos de Francia, ya ni siquiera merecen que se les dirija la palabra. Pero es lo que hay: esos jefes de Estado africanos, por mucho que sean lo que son, por mucho que los detestemos, el caso es que nos sentimos humillados cuando los vemos pisoteados así. El trato denigrante que se les inflige, a la vista de todos, solo puede reavivar una negrofobia – pero tal vez convenga mejor hablar de afrofobia – que tiende a hacerse universal. Eso dicho, ¿no es cierto que nos parecemos, nosotros intelectuales africanos, mucho más de lo que queremos admitir, a nuestros presidentes?

Si la cumbre de Montpellier nos pone en tales aprietos, es también porque nos coloca brutalmente frente a esa cruel realidad. Que Macron haya creído poder decidir solo el día, el lugar, las modalidades y los actores del torneo verbal es la prueba de que pondera como cantidad irrelevante a unos intelectuales africanos francófonos que no le han hecho nunca sombra. Es el propio Achille Mbembe quien cuenta, con sorprendente candor, aquella audiencia en el Elíseo durante la cual su ilustre huésped se hace casi suplicante: “¡No se me presiona suficientemente! ¡Metan más presión!” En resumidas cuentas, es el amo quien se queja de que el esclavo no protesta lo suficiente.

Para enganchar mejor al anzuelo a los ingenuos, hubo que esbozar de Achille Mbembe el retrato de un feroz detractor de la Francáfrica. Esa, sí es una verdadera buena broma. El historiador camerunés se ha distinguido hasta el día de hoy, sobre todo, por sus escasas críticas, de hecho, muy generales, contra la política africana de Francia o los desequilibrios entre el Norte y el Sur, todo ello, en una lengua cruzada por magníficos destellos, pero, con mayor frecuencia, oscura, que percibimos trabajada y re-trabajada para lograr no ser entendida por nadie. La figura de un Mbembe, viento alzado contra la Francáfrica, ha sido reducida a nada por el propio interesado en el curso de su larga entrevista del 3 de abril del 2021 en TV5. Allí se le ve muy poco cómodo, relativizar sus propias críticas contra el jefe del Estado francés y proponer – entre otras ideas descabelladas – que en nuestros diversos países, el embajador de Francia se digne hablar también con los de la oposición o que se construya en París un “Instituto de los Mundos africanos”... En la misma entrevista, no tiene ninguna opinión en cuestiones concretas en el meollo de la Francáfrica tales como el franco CFA, la operación Barkhane<sup>4</sup> o las muy numerosas intervenciones francesas en África. Y, sintiendo mucho decirlo, cuando lo interpelan sobre el informe Duclert<sup>5</sup> relativo a la implicación francesa en el genocidio de los *tutsis* en Ruanda, su enredo es, simplemente, patético. Uno se queda estupefacto al constatar que treinta años después, Achille Mbembe sigue sin haber encontrado el tiempo para consagrar un pequeño minuto a la masacre de más de un millón de personas

inocentes en el corazón de África. En resumen, por decirlo familiarmente, los ataques de Mbembe contra Francia, no valen ni una perra chica.

El presidente francés sabe perfectamente con qué género de intelectual africano se las va a ver en Montpellier. Eso es parte de su trabajo, estar informado hasta el detalle de esas cosas y él no se espera, con toda seguridad, a verse puesto contra las cuerdas por Achille Mbembe. Pero no es tal vez por pura vanidad personal por lo que el fundador de los “Talleres del Pensamiento” ha aceptado prestarse al juego. Ha declarado muchas veces haber sido sensible a ciertas señales positivas emitidas por Macron. Es cierto que a la vista de los gestos que ha tenido la valentía de cumplir, este último es el presidente francés que parece regodearse menos del estatus francafricano. Además del informe Duclert sobre la implicación de Francia en el genocidio de los *tutsis* en Ruanda, le ha encargado otro a Felwine Sarr y Benedicte Savoy sobre restitución de obras de arte robadas por la Francia colonial. (Se observará, sin embargo, de paso, que, en este caso preciso, no se ha preocupado ni lo más mínimo por la opinión de los Estados, ahora independientes, así espoliados durante la Ocupación del continente africano.) Es igualmente admirable que Macron haya calificado, en el mismo Argel – en plena campaña electoral francesa – a la guerra de Argelia como crimen contra la humanidad y solicitado la reflexión de Benjamín Stora sobre la concurrencia de las memorias que sigue siendo la cicatriz más visible.

Muchos se niegan a dejarse impresionar por esas decisiones, oliendo en ellas vulgares maniobras de diversión. Tienen razón sin duda al sostener que era lo menos que Macron podía hacer. Pero lo ha hecho. Más allá del contexto general y de las probables motivaciones políticas del futuro candidato a su propia sucesión, nadie puede negar la paternidad de gestos bastante potentes en sí mismos. El pequeño matiz, es que se habrá podido observar, que ninguno de esos expedientes concierne cuestiones candentes del momento. Ruanda. Argelia. Patrimonio africano antiguo. Eso significa que no se trata en absoluto para París de abandonarlo todo, hoy y ahora, sino de exorcizar los fantasmas de su pasado colonial y de su presente neo-colonial...

De todos modos, los gestos – y menos aún las gesticulaciones – carecen del peso de esos actos que cambian el curso de la Historia: incluso si se las quiere dar de joven algo chiflado dispuesto a hacer explotar de dentro la Francáfrica, Emmanuel Macron es un presidente francés completamente ordinario, que vela de manera reflexiva y metódica por los intereses estratégicos de su país. Es perfectamente consciente de su deber de perpetuar, por la fuerza o por la maña, el control férreo de los Estados africanos supuestamente soberanos y fabulosamente dotados de recursos naturales. Nada nuevo bajo el sol, se dirá. Cierto. Pero tal sistema de pillaje no se ve sino en Francáfrica, sobre todo bajo esa forma impúdica y cada vez más... sin complejos. Es en gran parte lo que le permite a

Francia sostener su rango en el concierto de las naciones. De hecho, ha ocurrido que sus políticos y pensadores lo admitan en ese punto preciso. Por ejemplo, François Mitterrand, por entonces ministro de la Justicia, observa desde 1957, en *Presencia francesa y abandono*, que “Sin África no habrá historia de Francia en el siglo XXI”. Jacques Chirac se confió también sobre el mismo tema en el momento de su despedida del Elíseo. El italiano Matteo Salvini se ha limitado, así pues, a decir una obviedad cuando declaró, bajo el imperio de la ira, que sin su dominio completo de África y del franco CFA, Francia ocuparía el rango decimoquinto en el mundo. En realidad, Salvini dijo en voz alta lo que el mundo entero – incluidos los aliados occidentales de París – piensa por lo bajo. De hecho, sería difícil imaginar a Francia ocupando un asiento en el Consejo de seguridad sin la reserva de voces “automáticas” de sus ex-colonias. Costaría aún más entender que el francés sea una de las lenguas de trabajo de las Naciones Unidas. Estas líneas se escriben en el momento en el que, concluyendo una alianza militar estratégica (AUKUS) completamente nueva, los Estados-Unidos, Australia y Gran Bretaña le recuerdan cruelmente a Francia que, de verdad, ya no tiene sitio en la mesa de los grandes. La cosa es tan seria que París, que ha perdido un contrato de submarinos nucleares australianos de 90 millones de dólares firmado, sin embargo, desde el 2016, en una reacción a la vez espectacular e irrisoria, ha llamado a consultas a sus embajadores en Washington y en Canberra...

No ha nacido aún, el presidente francés que asuma el riesgo de contrariar una situación tan ventajosa. Es por ello por lo que la capacidad de adaptación a nuevas circunstancias históricas es, desde sus orígenes, una tremenda apuesta de supervivencia para la Francáfrica. Ha sabido siempre cómo actuar y ese es el secreto de su longevidad. Puesto que está en tela de juicio por todos los lados, cada nuevo inquilino del Elíseo promete sin reír, tan pronto como se instala, “repensar la cooperación franco-africana”, “reequilibrarla”, y hasta “reinventar sus fundamentos”. El fenómeno es tan recurrente que toda definición de la Francáfrica debería tomar en cuenta ese ritual elíseo que se presenta sobre todo como pleitesía del vicio ante la virtud: es tan manifiestamente inmoral para un país rico arrasar con los recursos de los muertos de hambre que el culpable de ello no puede evitar resentir una vergüenza secreta. Es lo que está, en cierta medida, en el centro de los lavados de cara sucesivos que hemos conocido.

Ella misma nacida de una gran maniobra táctica – las “independencias” llaves-en-mano – la Francáfrica sabe, desde su arranque, lo que reajustarse significa. Apenas salida de una guerra cruel en Camerún, humillada en Diên-Biên-Phù y en Argelia, Francia había encontrado, según lo dicho por Edgar Faure, un medio de “salir de África para permanecer mejor en ella”. Hay que decir que la maniobra no le resultó muy difícil. Muy al contrario, las élites colonizadas estaban tan preocupadas por su salida que hubo que

jurarles, con la mano sobre el corazón, que todas esas historias de independencia no se las creía nadie, que se trataba sobre todo para la “Patria de los derechos del hombre” de no quedarse demasiado a contracorriente de una fatal evolución histórica. Valga como anécdota que eso no fue suficiente para tranquilizar a León Mba que resistió valientemente hasta el final contra aquella muy extraña idea de los blancos de confiar la gestión de un país a los negros. Se cuenta también que el General en persona tuvo que subir al frente para que el gabonés – en adelante llamado ¡padre de la independencia! parase su circo de colonizado y feliz de serlo. Senghor fue aún más allá en el cinismo. Prestando escaso interés a la nueva situación política, ni siquiera consideró útil renunciar a su nacionalidad francesa. Por lo demás, dirigió un Estado senegalés soberano a la vez que seguía siendo miembro del gobierno de Debré, hasta el 19 de mayo de 1961, exactamente un año después de la proclamación oficial de la independencia, el 4 de abril del 1960, en el marco de la federación de Mali...

Mongo Beti se ha preguntado durante toda su vida – vida de verdaderos combates – por qué, de todos los intelectuales colonizados, los francófonos venían a ser casi siempre los más apáticos. La cuestión permanece actual con la aceptación por parte de Acille Mbembe de jugar orgullosamente el papel de negros de servidumbre en alguna ciudad del sur de Francia. La cumbre de la Baule fue otra ilustración de ese esfuerzo constante de aggiornamento. Después de la guerra fría y del desastre del campo comunista, Mitterrand hace parir, vía las “Conferencias nacionales”, cambios que se han impuesto como inevitables. París pudo así quedarse con el control de la situación colocando a la delantera de la escena a hombres supuestamente nuevos pero preparados desde hacía mucho tiempo entre bambalinas.

Emmanuel Macron que ha deplorado públicamente “sentimientos anti-franceses” en África, sabe que ha heredado el sistema en peores condiciones que nunca. Y en vista de las indispensables reformas, apuesta por la nueva generación. En la campaña destinada a “vender Montpellier”, la juventud africana está siendo incesantemente convocada y se ha oído a Mbembe echar pestes contra “los viejos posicionamientos y los viejos reflejos”. Este “elemento del lenguaje”, como se dice ahora, tiende a hacer pasar a todos aquellos que denuncian la política francesa por unos nihilistas maniqueos, incapaces de mirar hacia el futuro o de entender los retos complejos de nuestra época. Siempre tienen pinta de ser chics, los posicionamientos modernistas, pero en este caso preciso, reposan, sea dicho sin maldad, sobre prospectiva de a dos perras gordas. Si Achille Mbembe ignora el estado de ánimo real de los jóvenes de Yaoundé, Libreville o Brazzaville, aquellos con quienes está preparando la cumbre de Montpellier, bien informados, no corren el riesgo, ciertamente, de equivocarse al respecto.

Hechos cada vez más contundentes desmienten el a priori perezoso de una generación venida a este mundo después de los años sesenta y que no se reconoce en los eslóganes de sus mayores. Durante las revueltas de marzo del 2021 en Senegal, fueron jóvenes enrabiados quienes, por vez primera en varios siglos de presencia francesa en el país, tuvieron como blanco a sociedades – Total, Orange, Eiffage y Auchan – por el solo hecho de que eran francesas. Se tiene la sensación de que el apego a Francia es más cosa de personas politizadas de la tercera edad, con independencia de toda ideología, más que de la generación ascendente, más inclina hacia el franco radicalismo del movimiento “France Dégage”<sup>6</sup> cuyo nombre y logotipos son una primera en la extensa tradición de lucha del pueblo senegalés.

Todo esto dicho, el vis a vis entre Macron y la sociedad civil africana hubiera sido mucho más creíble o incluso fructuoso si se hubiera sentido por lo menos en el terreno señales concretas de su voluntad de cambio. De hecho, tan pronto como se pasa a cosas serias, deja de ser el joven idealista desordenado, pero después de todo bastante sincero el que se puede ver sino el monstruo frío. Macron es quien, so pretexto de reformar el franco CFA, se cargó, con la complicidad de Ouattara, el proyecto del Eco de la CEDEAO. Hay que hablar también del final de Idriss Déby Itno. Surgido en plena polémica sobre la oportunidad del encuentro de Montpellier, el asesinato del líder chadiano apareció de repente como un verdadero test de sinceridad para Macron. ¿Haría acaso prueba de algo de reserva, tan solo por no ponérselo peor aún a Achille Mbembe y a todos aquellos que albergaban la esperanza de una era nueva en nuestras relaciones con Francia? Pregunta muy ingenua, en el fondo: ningún jefe de Estado francés puede ofrecerse el lujo de andarse con rodeos cuando el destino de un país tan importante como el Chad está en juego. Macron se precipitó, sin la menor vergüenza, a los obsequios de Déby para instalar en el poder a una junta militar ilegítima presidida por el hijo del difunto. Tenía una triste figura, bajo el cálido sol de N’Yamena pero considerando la enormidad de lo que está en juego en materia de estrategia, era esencial, como dice el escritor Kously Lamko, “confirmar el Chad en su estatuto de campo militar” de la Francáfrica.

¿Y qué hay del muy reciente golpe contra Alpha Condé? Sería peligroso extenderse en este tema en el estado actual de las cosas. De hecho, rara vez un golpe militar habrá suscitado tantas especulaciones contradictorias. Pero lo que es fascinante, es ver la rapidez con la que el pueblo de las redes sociales concluyó, sin la sombra de la menor duda – pero sin demasiadas pruebas tampoco – en alguna nueva trapacería de París. Eso dice bastante sobre la imagen deplorable de Francia en África en este momento. Es bastante detestada como para considerarla capaz de todo y por consiguiente culpable de todo. Y es cierto que nos tiene acostumbrados a lo peor. Sería cuestión, por ejemplo, de apostar a que la mayor parte de los doscientos cuatro golpes de Estado militares

contabilizados en África han tenido lugar en el “huerto privado”, los servicios especiales franceses, siempre de faena para quitarse de encima a un lacayo que se ha vuelto indócil y aupar al sillín a un nuevo hombre de paja, galardonado o no.

En cuanto a las operaciones militares, el contraste es significativo entre los británicos que no han mandado nunca tropas a sus antiguas colonias y los franceses que lo han hecho con tanta frecuencia que uno se extravía a la hora de contarlas. El senador Pierre Laurent, antiguo secretario nacional del Partido comunista, habla de cuarenta y dos intervenciones militares en África desde los años sesenta. ¿Qué hace el ejército francés en África? Rafael Grandvaud cuenta cuarenta y nueve entre 1957 y 2008, de las cuales, treinta y cinco en el “huerto privado”. En aquella época no era cuestión aún ni de Mali y Libia, ni de Centroáfrica y Costa de Marfil o menos aún, de Ruanda. El ritmo de las intervenciones se aceleró francamente y eso explica bien por qué, según el “Peace Research Institute” de Oslo, el ejército francés bate todos los récords de operaciones militares en el continente africano. La última es la de Barkhane – cinco mil cien hombres – que Pierre Laurent considera en su carta del 4 de marzo de 2021 a la ministra de la Defensa Florence Parly como “la más importante desde la guerra de Argelia.” Y Barkhane, justamente, es el gran asunto del mismo Macron que dice llamar con todas sus fuerzas a un diálogo sincero con el África ciudadana en octubre próximo.

Nunca se dio la molestia de justificar, al igual que sus predecesores, el activismo militar de París por la necesidad de hacerle frente al terrorismo. Barkhane, es sabido, nació de Serval que pretendía proteger las poblaciones civiles contra una columna de yiadistas a punto de tomar Bamako pasando por Kona. Los malíes lo creyeron tanto que invadieron por millares las calles agitando pequeñas banderas azul-blanco-rojo y gritando “Viva Francia”. Comienzos de febrero del 2013, François Hollande está en Tombuctú donde, recibido en triunfador, no duda en declarar: “Acabo de vivir sin duda el día más importante de mi vida política”. Se puede pensar que tuvo que partirse de la risa silenciosamente, después de haber dicho eso, porque el riesgo de una conquista de Bamako por terroristas fue deliberadamente exagerado para justificar una intervención en Mali planificada mucho antes, en el 2009 por ser preciso, bajo el nombre de operación Tiburón. Esa mentira fundadora es el equivalente de las “*armas de destrucción masiva de Saddam Hussein*” y de la fábula, ampliamente extendida por Bernard-Henri Lévy de un Mouammar Khadafi “*bombardeando a su propio pueblo*” en Benghazi.

En Mali, uno de los puntos centrales de la doctrina francesa, es que Bamako no debe, de ninguna de las maneras, discutir con los yiadistas. “No se negocia con los terroristas” es el credo de Macron del que se dice, sin embargo, que estaría a punto de entrar en cháchara con los nuevos dueños de Kabul. Lo cierto es que tiene cada vez menos autoridad sobre Estados hace poco serviles. La República Centroafricana le ha escapado



y Mali, con poca confianza con Barkhane, está en tratos con “contractores” - que no son mercenarios – de la sociedad rusa Wagner. Si eso resulta, a pesar de las amenazas de Jean-Yves Le Drian, será un momento crucial en la evolución de la Francáfrica hacia un final cada vez más probable.

Tal es el líder político particularmente cínico y en pérdida de velocidad que la sociedad civil africana va a tener enfrente de ella el 8 de octubre. Está previsto que anglófonos y lusófonos se agreguen, pero cabe preguntarse qué papel les será asignado porque las cuestiones en discusión les son totalmente extranjeras. Su presencia en Montpellier no tiene tal vez nada que pueda parecer extraño para quien es conocedor del viejo sueño de ciertos medios de negocios franceses: dar a probar las delicias de la Francáfrica a algunas ex-colonias británicas. El régimen gaullista había lanzado, con la ayuda de Houphouët-Boigny y con el resultado desastroso que se conoce, aceite sobre el fuego en el Biafra. París se consoló de esa derrota estrepitosa tomando el relevo de Bélgica a partir del 1973 en Ruanda, país que ya no controla desde la toma del poder por Paul Kagamé. Querer avasallar a los escritores, artistas y ensayistas de Nigeria, Kenia o Ghana, eso es lo que se llama tener los ojos más grandes que el vientre. Y, a partir de ahora más cerca del declive que de sus horas más gloriosas, Francia no tiene ya, por otro lado, la envergadura de un Estado con la capacidad de sostener un vis a vis con todo un continente, por muy desgraciado que sea.

Así que buena suerte a quienes vayan a Montpellier. Por haber intercambiado ampliamente con algunos de ellos, a veces, verdaderos amigos, puedo dar fe de que harán el desplazamiento en calidad de mujeres y de hombres de buena voluntad. Su leitmotiv es que una invitación al diálogo, es cosa que no se rechaza y que no les costará nada intentar hacer razonar al presidente francés. Pero ¿quién no ve lo que conlleva de ilusorio el deseo de la víctima por persuadir al opresor de la ignominia de sus crímenes? Es, de hecho, el reconocimiento de una desesperación absoluta ya que lo más que se permitirá el verdugo es aflojar algo el tornillo. Es un atrevido abuso de lenguaje bautizar “cumbre” a una hora y media de entrevista entre Macron y las élites del antiguo imperio colonial francés del África subsahariana. Es cierto que sus organizadores no han dicho nunca que él tuviera vocación de resolver, como por obra de magia, todos los problemas. ¿Se podría, sin embargo, esperar algún pasito en la dirección correcta? De hecho, la pregunta carece de sentido: a la vista de los retos reales de la relación entre Francia y lo que ella llama sin el menor pudor “los países del campo”, el ejercicio presenta en sí mismo una insostenible ligereza. Césaire recuerda en el *Discurso sobre el colonialismo* que “Europa es contable ante la comunidad humana del mayor montón de cadáveres de la historia.” El poeta añadirá poco antes de su muerte: “La desgracia de África es haberse

*encontrado con Francia.*” Es un tributo de sangre muy pesado el que se ha cobrado de África a lo largo de los siglos.

Pero en este asunto, se trata menos del pasado colonial que de los sufrimientos que la Francáfrica inflige, todavía en la actualidad, a los pueblos africanos.

Una cita tal como la de Montpellier carecerá de sentido hasta el día en que nuestros países sean dueños de su destino.

---

## NOTAS

1. Françafrique, en español Franzáfrica o Francáfrica, es una combinación de las palabras France y Afrique usada para denotar la relación de Francia con sus antiguas colonias africanas, a veces extendida a las antiguas colonias belgas.
2. Vencer sin peligro, tomado del verso de Corneille en *El Cid* “*À vaincre sans péril on triomphe sans gloire*”, Vencer sin peligro es triunfar sin gloria.
3. Huerto privado para traducir *pré carré*, metáfora que designa, en la administración, un dominio reservado (con las prerrogativas que eso conlleva) que se debe proteger contra quienes quisieran inmiscuirse. Su uso en el dominio político es reciente. Desde los años 1980, se usa, sobre todo, con una connotación negativa, para subrayar los vínculos estrechos y exclusivos entre ciertos países africanos y la antigua metrópolis.
4. La operación Barkhane es una operación militar llevada a cabo en el Sahel y el Sahara por el ejército francés, con una ayuda secundaria de ejércitos aliados, que tiene como objetivo luchar contra los grupos armados salafistas yihadistas en toda la región del Sahel. Lanzada el primero de agosto del 2014, reemplaza las operaciones Serval y Épervier.
5. Remitimos a un trabajo nuestro anterior, publicado en este mismo Blog, sobre el Deber de Memoria.
6. El Frente por una Revolución Anti-imperialista, Popular y Panafricana (FRAPP) nació en 2017 de la unión de 17 organizaciones alrededor de una campaña denominada “Por la SOBERANÍA MONETARIA, France Dégage” [Francia rájate]. ¿Cuál es la diana de France Dégage? De hecho, la diana no es el pueblo francés que en su totalidad o parcialmente está oprimido y explotado por los mismos que oprimen y explotan a los pueblos africanos. France Dégage se da por diana la Francia institucional que, conchabada con el capitalismo, vampiriza los pueblos aquí, en África francófona y allá, en Francia.

Pedro Suárez Martín traducción y notas.